

El leer, el libro, el lector (*)

Héctor BALSAS

Comenzaré esta disertación con palabras ajenas, que serán más elocuentes que las mías.

Me parece oportuno ofrecer el pensamiento de alguien que, por los caminos de la cultura, ha transitado toda la vida y ha dejado huellas profundas, de influencia válida y tenaz.

Me refiero al autor de *Los viajes de Gulliver*, Jonathan Swift, quien dijo: *«La más cumplida manera de manejar los libros hoy en día tiene dos procedimientos: el primero es hacer con ellos lo que se hace con los grandes señores, apreciar exactamente sus títulos y luego jactarse de que se los conoce; el segundo, que, en verdad, es el más excelente, profundo y correcto, consiste en dirigir una mirada escrutadora al índice, por el que todo el libro se rige y mueve, igual que el pez por la cola. Porque entrar en el palacio de la sabiduría por la puerta grande requiere un gasto muy considerable de tiempo y ceremonias, por lo cual las personas que tienen mucha prisa y pocas ganas de ceremonia se contentan con meterse dentro por la puerta trasera».*

Esta larga cita es muy ilustrativa. En primer lugar, muestra que libro, lectura y lector forman una unidad. Es algo sabido, pero no está de más recalcarlo para tener presente la interrelación existente entre estos factores de lo que puede denominarse «el leer». Es unidad porque los tres elementos componentes se solidarizan de tal modo que no es posible su desunión mientras funciona el proceso lectural. El libro y el lector se unen en una relación de intercambio: uno da y el otro recibe, pero no se crea que esa relación va en un solo sentido. El tránsito es mutuo. Se supone que el libro es el único en ejercer influencia, pero el lector, a su manera, también lo hace ante el libro. Le va insuflando su propio modo de pensar, lo va moldeando según su pensamiento. Todo esto dentro de su espíritu, pero para él, lector que ve en el libro una posibilidad de proyectarse, se trata de una función importantísima. Por eso, un libro es, en definitiva, lo que el lector aspira que sea. De no ser así no habría tantas divergencias sobre una misma obra escrita.

La lectura, como función captadora de ideas y sentimientos, es el lazo de unión entre el lector, dador y recipiente, y el libro, dador y recipiente,

(*) Conferencia pronunciada el 24 de mayo de 2004 en la sala Acuña de Figueroa de la Biblioteca Nacional, en conmemoración del Día del Libro.

también. Este puente liga con fuerza y conduce a dos caminos posibles e inevitables: completar el proceso del leer o dejarlo en el momento en que haya ruptura. Leer un libro, pues, es llegar al final, con tropiezos o sin ellos, en un día o en un mes, con placer o con sufrimiento. Si se lo deja a un lado no para continuar al rato o al día siguiente, sino definitivamente, se quiebra el puente de enlace y la unidad de que se viene hablando se deteriora y desaparece.

En segundo lugar, Jonathan Swift enseña que el lector de verdad se compenetra con el libro, lo recorre en un sentido o en otro, lo observa detenidamente, ya que, si comienza por el índice, tiene una visión global al tiempo que particular del contenido. El contacto inmediato con la columna vertebral del libro, que se denomina índice, da una idea de cómo está estructurado y de cómo se puede avanzar por el camino que todo libro representa. La lectura del índice es el adelanto de algo más profundo, sobre todo tratándose de textos no literarios, en los que conocer de antemano temas y subtemas resulta muy útil y necesario. La narrativa y otras manifestaciones tienen otras características, pero ello no impide esa mirada previa al índice, aunque cada vez es menos informativo.

En tercer lugar, la cita de Swift hace pensar en dos tipos de lectores, fácilmente reconocibles en cualquier medio. Al lado del lector consciente, se sitúa otro, que lleva el nombre de lector por el hecho de tener un libro en las manos y hojearlo, y por el hecho de hablar fluidamente de libros en general. La posición de esta clase de lectores es cómoda: repite superficialidades acerca de una obra sin haber leído nada de ella o habiéndola leído someramente; muestra un conocimiento que no posee; aparenta dominar una materia que se le escapa por la sencilla razón de que ni siquiera entró en ella. Ambos tipos de lectores existen. Lo triste es que, además de ellos, hay un grupo inabarcable de personas que nunca o casi nunca se relacionan con la lectura, ni siquiera con aquella que es la más cotidiana e informativa.

Este último grupo parece aumentar en cantidad en estos tiempos. No son las actuales las mejores condiciones para el fomento de la lectura y la adhesión de nuevos cultores. Si un tiempo ha sido difícil en su relación con el libro y afines, es el presente, por la diversidad de factores que influyen poderosamente en el desvío de la atención, del interés, de la dedicación de quienes pueden llamarse lectores, potenciales o activos. Un factor que nadie desconoce y que pesa muchísimo en la formación individual es la televisión. Como cualquier otro elemento de cultura, tiene dos caras: una, positiva, de gran valor educativo y de vigorosa influencia en el individuo, culto o en vías de serlo; otra, menos plausible, menos recomendable, que,

como pulpo, extiende sus brazos para abarcar lo de acá y lo de allá sin entrar en separaciones de ningún tipo.

Puede decirse que hoy – 2004 – la televisión recorre el mundo triunfalmente y sembrando una semilla valiosa y de frutos apetecibles, lamentablemente empañada y desgastada por una gran carga de violencia, sordidez e incultura que es un lastre imposible de descargar y que la hunde, poco a poco, en un pozo sin fin.

Se está en la era de la imagen, que es sobrevalorada, reverenciada, transformada en ídolo de un culto fetichista. La imagen, que siempre contribuyó a la formación del ser humano, ha traspasado los límites dentro de los que se movía con soltura y seguridad; ha rebasado esos límites crudamente y se ha instalado como manto protector, sin serlo, en un mundo que mira mucho y piensa menos que antes.

Esta realidad de hoy se ha venido gestando a lo largo de las décadas del siglo XX. Cuando no existía la televisión, estaba el cine como rey todopoderoso del espectáculo. La época del cine mudo duró algo más de treinta años, pero fue suficiente para crear ciertas ideas que ponían la imagen por encima de toda otra forma de arte. La aparición del cine sonoro, con ruidos, música y palabra hablada, sacudió a la imagen y a su aliada la mímica. Les dio un empujón que las hizo trastabillar. Así y todo, hubo profetas del éxito categórico de la imagen y del hundimiento de esa novedad que era el sonido, dentro del cual la palabra hablada ocupaba lugar de privilegio. Se llegó a decir en 1928: «En mi nuevo filme *Lucas de la ciudad* no utilizaré la palabra. No la utilizaré jamás. Sería mortal para mí. Y no alcanzo a entender por qué la utilizan quienes podrían prescindir totalmente de ella: Harold Lloyd, por ejemplo». Son palabras de Charles Chaplin, quien posteriormente habló hasta por los codos en películas como *El gran dictador* y *Mr. Verdoux*, en particular en los alegatos finales, de fuerte corte social.

Esta transcripción se hace para mostrar cómo hasta al más pintado se le escapa la liebre. Y, si bien la imagen fue cediendo terreno y colaborando adecuadamente con la palabra oral, volvió a resurgir con ímpetu e ínfulas al desarrollarse la televisión. Ahora con más potencia por la penetración de que hace gala este procedimiento por sus facilidades de adquisición y manejo.

Hoy, mirar y leer se enfrentan en una actitud intelectual a la que no se debió llegar, pero se está en ella y se puede anunciar que habrá más ahondamiento y que el hiato llegará a mayores dimensiones.

Fernando Savater, en un artículo periodístico de los muchos que escribe, deja muy claras sus ideas al respecto. Parte de una premisa que echa por tierra una idea muy difundida en las últimas décadas. Siempre se

dijo que una imagen vale por cien (o mil) palabras y, al no haber encontrado réplica, se creyó que era verdad. La pereza para reaccionar es mortal y puede llegar a la destrucción de ideas, y ese es el caso con respecto a la palabra y la imagen. Sin embargo, Savater ahora, así como lectores anónimos antes, sostiene lo contrario: una palabra vale por cien (o mil) imágenes. No es un juego de términos ni una oposición irreflexiva. Quienes están dentro del ámbito de la lectura apoyarán esta nueva idea, radicalmente opuesta a la anterior circulante y tomada como intocable. No será una adhesión fría ni de circunstancias, sino un apoyo que se asienta en la confrontación racional entre imagen y palabra.

Conviene detenerse en esta idea.

Dice Savater: *«Cualquier palabra, incluso de las más humildes, vale más que mil imágenes porque puede suscitarlas todas; en cambio, una imagen sin palabras, para quienes no somos dados al alelamiento místico, es puro decorado o truco ilusionista del que se escamotea lo esencial para la apropiación crítica. Las palabras ganan, sin duda, mucho con el complemento de las imágenes, pero las imágenes sin las palabras lo pierden todo».*

Son aseveraciones tajantes y polémicas. Y ya es hora de que se vaya viendo con más certeza que son verdaderas. Si la televisión, el cine y el video dan prioridad a la imagen y meten en la cabeza de la gente la suposición de que una fotografía o la sucesión de varias es de valor absoluto, bien se puede asegurar y probar que la palabra es lo que realmente produce, en oyentes y lectores, una serie de asociaciones inmediatas que permiten ampliar a límites incalculables el mundo de la comunicación en el mismo momento de producirse tal asociación. Quien ve un paisaje lo comprende, lo admira o lo rechaza, lo puede seguir viendo por mucho tiempo; quien lee la descripción de un paisaje entra en él, lo recorre, lo siente, lo conoce en detalle.

Parecen ser la misma cosa, pero no es así. La imagen ofrece un cuadro que es el resumen de la descripción verbal. La palabra origina una sucesión de relaciones que amplían el punto de partida descriptivo y que llevan a situaciones forjadoras de nuevas ideas. Quien se enfrenta a una imagen o una serie de ellas (caso de un documento gráfico de televisión o de la prensa) puede experimentar sentimientos de muy variada naturaleza porque cada componente de la imagen o todos en conjunto son capaces de remover emocionalmente al observador, pero la transmisión de esos sentimientos, si se quiere extraerlos del espíritu propio para darlos a conocer, requiere la ayuda de las palabras. Puede decirse de otro modo: la palabra comenta, con fuerza, con vida, con solidez, la imagen, la cual, por sí sola, podrá crear sentimientos diversos o generar conocimientos de muy

distinta índole, pero no podrá difundirlos por carecer de voz.

La imagen – a no engañarse – tiene un valor grande y es auxiliar sumamente necesario para el estudio y la recreación, pero no es lo fundamental en el proceso de captación y asimilación de conceptos. A nadie se le ocurriría estudiar por medio de imágenes solas. Si así procediese, llegaría a un conocimiento fragmentado y parcial del todo que debiera recoger e incorporar a su acervo.

Las ideas de Savater pueden parecer producto de la exageración propia de un fanático. Savater quizá estira demasiado el concepto vertebral de su artículo, pero, introduciéndose en él, se descubre que hay verdad. Se mejora el conocimiento de sus ideas a través de otras citas. Véase: «*La lectura sigue pidiendo silencio, recato, aislamiento (aunque sea en un atiborrado vagón de metro) y raciocinio*». Savater expresa esto luego de haberse referido a ciertas tendencias de hoy o modas antiintelectuales y dice además que «*una de estas modas maléficas (...) desdeña la palabra, sobre todo si está impresa, en beneficio de otras formas de comunicación más subyugadoras: la expresividad no verbal, los gozos y las sombras del cuerpo, la íntima comunión con la gran basca en el concierto de «rock», la catarata visual y rítmica del videoclip... De lo que se trata es de sentir, fuerte, pronto y alto, hasta perder finalmente el sentido*».

He aquí palabras definidoras sin tapujos, que muestran un mundo, particularmente juvenil, dominado por los sentidos y el vértigo, por la inmediatez y la falta de reflexión. La imagen se presta magníficamente para alimentar estas frivolidades de un gran sector de la juventud del presente, que huye de la palabra escrita y que hace trizas la palabra oral.

Por su lado, Harold Bloom, ante el requerimiento de si la literatura sirve para la vida cotidiana, contesta: «*Dudo que para casos puntuales, pero tiene un efecto acumulativo. El poeta Wallace Stevens decía que la literatura era una extensión de la vida. Yo simplemente creo que, cuando es buena – ni que hablar del producto de los genios – sirve para conocernos más a nosotros mismos y tener un conocimiento más profundo del prójimo. Ni el cine ni la televisión nos pueden dar eso. Nos pueden proveer de información o deslumbrar con imágenes. Pero no nos vuelven más introspectivos ni nos llevan a descubrir el significado de la compasión. Solo el libro lo logra. En la cultura visual, el hombre está necesariamente solo. A través de los libros, aunque físicamente estemos solos, leyendo en un rincón, podemos estar unidos en la conciencia con varias generaciones*».

Quien quiera privilegiar la palabra por encima de cualquier otro medio de comunicación debe velar por la lectura. Muy fácil es decirlo y hay gente ingenua que piensa en la levedad de esta empresa cultural. La enseñanza

es un buen campo de desarrollo de esa defensa y respaldo de la lectura, pero siempre, no solo ahora, se han encontrado escollos. Mayores o menores, estos escollos deben removerse de su sitio para dejar el terreno libre al avance de la lectura y es así como tanto maestros como profesores tienen una responsabilidad tremenda sobre sí, la que a menudo no se siente con la fuerza debida. No se vea en estas aseveraciones ningún intento de disminuir la labor del docente de Primaria o Secundaria. Véase, en cambio, una realidad que golpea con fuerza y que no puede ni debe ocultarse. Muchos maestros y profesores descuidan su responsabilidad con respecto a la lectura, basados, por ejemplo, en razones de poco peso, como son la falta de afinidad de la asignatura del profesor con la lectura misma, la carencia de material idóneo para el lector niño o adolescente, el encarecimiento de los libros. Sin embargo, la razón más firme estriba en la poca importancia que esos docentes dan al leer. Tanto es así que ellos mismos casi no leen. Dejando a un lado libros específicos de su disciplina o alguna que otra novela de recreación, no leen. Quien se haga un análisis de conciencia o abrevia a su alrededor dirá si es así o no. Y estos docentes – recuérdese que no son todos, sino un sector – se adormecen al amparo de la imagen seductora, cantarina, subyugadora.

Veamos qué hay que hacer para crear lectores. Pensemos únicamente en el aula escolar y lineal, lo que permite abarcar a todos los maestros sin excepción alguna y a los profesores de lengua española y literatura. En este doble grupo humano reside el éxito de la creación del hábito de leer y de la difusión del libro. La escuela, desde el primer momento, dirige al niño en dirección al libro. Ya en Jardinería se lo pone en contacto directo con obritas que, aunque no las puede leer por sí mismo, le serán leídas por los mayores o le servirán para ver y quizá aprender letras y palabras. Para muchos niños es este el primer encuentro con la letra impresa, pues antes, en su propio hogar, no hubo nadie encargado de ofrecerle, como juguete siquiera, un libro apropiado a su edad preescolar. Puede parecer desproporcionada a la realidad esta afirmación, pero una recorrida por las escuelas periféricas – e inclusive centrales – arroja resultados en esa dirección tan negativa. En primer año, el niño se enfrenta de lleno con el libro y la lectura. Sea cual fuere el método utilizado para enseñar a leer, no se descuida la frecuentación con libros infantiles, coloridos, ilustrados, pero con texto suficiente para acrecentar el conocimiento de los vocablos y la práctica de la lectura. Al mismo tiempo que hay recreación, hay penetración en el contenido de las expresiones impresas. Por otra parte, la maestra tiene a mano un sinfín de recursos que permiten al niño leer: en el pizarrón, en los cuadernos, en hojas especiales, en los carteles de propaganda, donde fuere, siempre se ve la palabra escrita y se le da la importancia y la categoría que merece. El

escolar está inmerso en un mundo de papel y tinta que lo va atrapando sin darse él cuenta; pero, lamentablemente, esta acción de apresamiento de la voluntad infantil y de despertar de intereses por lo escrito suele verse interrumpida por factores externos al aula, que presionan con fuerza avasallante y llegan, por lo general, a dominar mucho más que la fuerza escolar impuesta por el maestro. A medida que se avanza en la escala de cursos se comprueba cómo se va perdiendo el gran impacto inicial de la lectura. No es solamente por desgaste de algo que se repite y repite incansablemente, sino también por la presencia nada beneficiosa de otros medios de comunicación, que entran en competencia con la palabra escrita. Sería mejor decir «por el medio de comunicación» que gran cantidad de niños conocen exclusivamente, pues lo tienen al lado, en el hogar, como enemigo entrado con el aplauso de la familia toda. Y nuevamente aparece la televisión sobre el tapete. La televisión, representada por lo que alguien ha llamado «la caja boba» – más bien, caja maléfica, diríamos imitando a Savater – se instala a sus anchas para absorber a grandes y chicos en una casa, para someterlos a una tiranía que no es advertida a tiempo, para crear la adicción a mirar y oír en perjuicio de la costumbre de leer.

Siempre se argumenta diciendo que la televisión no es culpable de nada de lo que se le atribuye. En efecto, el medio o instrumento no lo es, pero sí su uso indebido, comercial, masivo, petrificado y enfermizo.

Este uso es universal. Crece día a día, porque el acostumbramiento se propaga en progresión geométrica y no hay oposición visible. Todo intento de luchar contra la televisión anuladora del pensamiento y adormecedora de conciencias se estrella, tarde o temprano, contra el muro de indiferencia e irreflexión que ella ha venido creando desde su implantación en la vida del ser humano.

La literatura, como creación, como medio formativo, como poseedora de fuerza para influir en el espíritu, se rebela desde un principio contra el predominio de la imagen televisual o de la imagen acompañada de la palabra frívola o sometedora. Es así como surgieron novelas como «1984» de George Orwell y «Fahrenheit 415» de Ray Bradbury. Son un anticipo del desastre que la imagen puede provocar. La quema de libros de la novela de Bradbury es un episodio que queda grabado en el lector como muestra del despotismo y que va más allá de lo que el hecho significa por sí mismo: es una advertencia para el futuro en el sentido de que se puede llegar a la desintegración de la cultura escrita, de la información individual, de la vida privada e interior de cada persona. Actualmente hay libros que fabulan sobre el mismo enfrentamiento entre imagen y lectura. Algunos son los siguientes: «En vivo desde el Gólgota. El Evangelio según Gore Vidal», del escritor estadounidense mencionado en ese largo título; «Control remo-

to» y «Lo imborrable» de los argentinos Daniel Gutman y Juan José Saer, respectivamente. Recuérdese, asimismo, una novela, breve pero intensa, como «Desde el jardín» de Jerzy Kosinski, en la que el protagonista, individuo atrofiado por una larguísima vida de encierro, en contacto único y permanente con la imagen televisual, es un títere movido por los hilos de toda su experiencia frente a la pantalla chica.

Imagen y palabra, televisión y lectura: el enfrentamiento será eterno. El ácido humor de Groucho Marx es explícito al respecto. Este famoso cómico dijo refiriéndose a la televisión: «*Yo le debo toda mi educación. Cada vez que alguien la enciende, me voy a otra habitación y me leo un buen libro*».

Habrá que intensificar el esfuerzo en pro de una revitalización del acto de leer, de la creación del hábito en niños y adolescentes, de la publicación sin desmayos para lograr fieles. En esta tarea estarán como abanderados la escuela y el liceo, como ya se dijo. Pero ahora hay que entrar a fondo en los procedimientos que conviene tener en cuenta para la lucha. Cada docente tiene su modo de ver el problema y de aplicar paliativos propios al déficit comprobado de la lectura, pero también hay coincidencias entre muchísimos de ellos, que no deben olvidarse ni perderse. La unión parece más fuerte en Secundaria que en Primaria, porque el profesor de lengua española y el de literatura tienen una función específica que los lleva en una dirección precisa. En cambio, el maestro, por su condición de docente polifuncional, no tiene a menudo delante de sí con absoluta claridad cuál debe ser el camino mejor y más exacto. El maestro se esfuerza al máximo, trabaja denodadamente, organiza bibliotecas de aula, toma textos literarios de aquí y de allá, pero muchas veces su dedicación queda limitada por no tener la meta bien definida. Sabe que debe despertar el interés por la lectura, pero no acierta con los procedimientos justos, con esos procedimientos que serán los animadores del lector seguro y permanente.

Ya se ha abundado demasiado en este terreno; por ello, parece oportuno que la atención se concentre en otra meta, que se relaciona con el mismísimo acto de leer.

Cada uno de nosotros tiene vasta experiencia como lector. Sabe que realmente lee quien comprende los signos escritos. No se trata de un reconocimiento de tales signos, sino de su comprensión para saber qué transmiten. En toda página escrita hay uno o varios mensajes que alguien, denominado emisor, presenta. Están allí para su comprensión, es decir, para su asimilación o conocimiento. No alcanza con reconocer los signos y saber que una h y una u, seguidas de una m y una o dicen humo, sino que hay que saber qué valor poseen los signos integrantes del vocablo y qué significa ese vocablo, así como luego saber también cómo se

relaciona con otros más en el desarrollo del discurso. Esa cadena que es el reconocimiento de signos y su comprensión forma la lectura. Hay que decir categóricamente que sin comprensión no hay lectura. Solamente se puede hablar de identificación de palabras, de asociación de palabras, si se queda el lector en lo exterior. De esto se desprende que, cuanto más culta o preparada sea una persona, más posibilidades de leer tiene. Frente a una novela del montón o un artículo periodístico no hay inconvenientes mayores para comprender—o sea, para leer—y, si los hay, se pueden obviar fácilmente por revisión de los signos y de la relación entre ellos; se pueden obviar también por consultas a fuentes escritas u orales que servirán como clarificadoras de lo que aparece oscuro o impenetrable. Alguna vez nos ocurrió algo así en nuestras lecturas. Pero puede suceder que la página que se tiene delante de la vista se convierta en un muro de contención por no vérsela la salida. Quien, sin ser médico, se dispone a leer un libro de medicina, quizá no salga de las primeras páginas, porque se enfrenta a un misterio profundo por su desconocimiento de los fundamentos de la materia elegida: hay términos científicos que caen dentro del habla médica, hay explicaciones que requieren la consulta de gráficos o ilustraciones que son jeroglíficos para el lego, hay ideas absolutamente desconocidas por su nula frecuentación. El lector de este libro, si no lo entiende, es lector de nombre solamente. En ese momento, no se puede hablar de lectura porque no se llegó a la base del texto. Aunque en él se reconozcan sin dudar las palabras, no habrá lectura en el sentido que debe dársele al término. Con este ejemplo se comprueba la importancia que tiene la lectura explicada en la enseñanza. Dentro de ella, ocupa lugar preferencial lo relativo a la comprensión; precisamente, el trabajo de aula entre maestro o profesor y alumnos, ese trabajo de actividad continua en que se va profundizando en el texto por medio de la explicación, conduce directamente a la comprensión. Se explica para comprender y, asimismo, para habituar al alumno a tomarse el trabajo de leer con tranquilidad y meditando; de lo contrario, se estará delante de una lectura que no es tal y que, como ya se vio, es lectura nominal.

Este escalón que venimos llamando *comprensión* va acompañado de otro, que es la *interpretación*. Aunque ambos términos pueden verse como equivalente por el significado, no lo son; cada uno tiene su propio contenido semántico y es imperioso, para su valoración, establecer la diferencia con nitidez. Para ello recurriremos por comodidad a un texto no verbal: un hecho que se presencia y que, como cualquier hecho o acontecimiento, admite comprensión e interpretación. Puede producirse en la calle, el salón de clase, la casa, el bar, el ómnibus. En cualquier sitio donde convergen las personas hay posibilidades de efectuar una lectura

de los acontecimientos que se producen. Obsérvese que aparece aquí el sustantivo *lectura* con empleo metafórico. Es muy corriente que se hable de lectura en relación con los hechos que ocurren en la vida real.

Hay una película francesa, de hace por lo menos cuarenta años, que viene en ayuda nuestra para distinguir entre comprensión e interpretación. Se llama «Los ocho pecados capitales» y fue dirigida por varios cineastas, ya que cada pecado correspondió a un director diferente. Interesa el octavo, que en la realidad no existe, pues solamente hay siete, de todos conocidos. El octavo episodio del filme es la novedad de esta producción cinematográfica y tiene un humor corrosivo que le da sabor de pecado. El espectador ve lo siguiente: En medio de la noche oscura avanza un vehículo dentro del cual viajan un obispo y una jovencita. Las vestimentas son elocuentes: el prelado lleva su hábito típico y va adornado con todos los elementos de rigor; la jovencita, de no más de quince años, aparece frágil, diminuta, indefensa. El vehículo se detiene ante una puerta insignificante, mal iluminada, nada atractiva. Descienden el hombre y la jovencita y, como con miedo y desconfianza, entran. Esta es la escena y de ella se derivará el octavo pecado capital, tan nefasto como la envidia, la lujuria o la gula. El espectador comprende la situación que se le muestra. No hay duda al respecto: un hombre y una mujer viajan juntos y llegan a una casa, en la cual penetran. Del hombre y de la mujer se conocen detalles suficientes para decir qué son. Las actitudes son claras también. He ahí la comprensión. Pero ese suceso debe ser interpretado y, precisamente en esto se verán las diferentes opiniones, ya que la interpretación recurre a la subjetividad. Puede haber coincidencia plena en interpretar el episodio y así ocurre con mucha frecuencia al leer un texto o al leer una situación que entra por cualquiera de los sentidos. En el caso de este pasaje de película, dos interpretaciones caben y es muy seguro que la mayoría – por no decir todos – preferirá una de ellas. Se puede pensar que ambos personajes concurren a un lugar prohibido, *non sancto*, de connotaciones sexuales, ominosas teniendo en cuenta la condición de obispo del hombre y la condición de niña indefensa de la mujer. Esta interpretación es la general, con seguridad, y la que pretende el realizador, para lo cual dio todos los elementos necesarios. La otra interpretación, minoritaria o inexistente entre la masa de espectadores, verá una pareja que llega a un lugar no determinado y que se introduce en una casa. Está desprovista de referencias negativas y no advierte ninguna intención pecaminosa en el hecho. Hay una sola comprensión y dos interpretaciones. Esto es lo que interesa para señalar que un mismo texto puede verse de manera distinta según el lector, que es quien observa,

relaciona y valora. ¿Cuál es la realidad de los hechos presentados en la pantalla? Muy simple. El hombre y la joven eran actores que concurrían, ya vestidos para interpretar sus papeles, al estudio cinematográfico donde se rodaba una película en la que intervenían. El espectador interpretó mal porque lo hizo con malicia, con intenciones torcidas, con asociaciones con las que el director y el libretista del episodio contaban desde el principio, por su conocimiento del alma humana. Esta interpretación era previsible y su éxito rotundo se descontaba porque es frecuente que la gente piense mal de sus semejantes. Y este es el octavo pecado capital: el pensar mal de los otros.

El ejemplo propuesto es un caso de lectura de imágenes o de texto sin palabras y sirve muy bien para distinguir entre comprensión e interpretación. Lo mismo puede verse en trozos literarios que tienen más de una vía de penetración para llegar al fondo de las ideas presentadas. La doble o triple interpretación hace ágil, polémica, fecunda una página escrita, por dar origen a discusiones sobre el contenido, que para todos los lectores es el mismo en cuanto a representación, pero no así en cuanto a su valoración.

Por experiencia personal se sabe que comprensión e interpretación suelen ir de la mano en los textos corrientes. No hay inconveniente para asimilarlas de inmediato. Y tiene que ser así, porque el leer requiere camino llano para deslizarse sin tropiezos. Una lectura plagada de trabas interpretativas resulta cansadora, a no ser que la intención del autor sea la de someter al lector a un estado particular de relación con el texto, estado que se aparta notoriamente del que crea la lectura común y corriente. Empero, hay casos de diferencias que llevan al enfrentamiento de las opiniones, y esas veces, en el conjunto de los múltiples actos de leer, son muchas. Con una metáfora alimentaria, se puede decir que la interpretación inmediata o mediata es la sal de la lectura.

Cualquier texto, en prosa o en verso, del género que sea, da la oportunidad de distinguir los dos elementos del leer que acabamos de mencionar; pero, si se desea, aún es posible continuar por el sendero que la lectura despliega al paso del lector. Lo habitual es que el lector dé fin a su vínculo lectural con la comprensión y la interpretación. No va más allá de ellas porque no ve la necesidad de hacerlo, porque no le agrega nada a su conocimiento el avanzar, al considerar finalizada su unión al texto. Sin embargo, quien quiera tiene abiertas las puertas para seguir adelante en el proceso de la lectura, para cumplir una lectura total, por decirlo de alguna manera. Todavía se encuentran dos peldaños más, auxiliares de los anteriores, aunque no obligatorios. Son la explicación

y el comentario. La persona que alguna vez sintió el hábito benéfico de la lectura explicada está capacitada para aplicar ese procedimiento por sí misma cuando lee y desea ahondar, sea con el fin de afirmar lo ya sabido, sea con el fin de mejorarlo.

Este ahondamiento es, ni más ni menos, la aplicación de aquello que tantas veces experimentó en sus años escolares y liceales y que tanto preocupaba a sus maestros y profesores de lengua. La explicación así cumplida es reafirmación de la comprensión y la interpretación. Por su parte, el lector a secas, si bien es capaz de entrar en estas delimitaciones y lo hace cuando las necesita, suele recorrer con los ojos las palabras impresas como haciendo un mero ejercicio de reconocimiento de signos.

El comentario, como cuarto peldaño en esta escala del leer, sirve para ampliar, adornar, academizar la lectura. Es algo propio de la clase de Literatura, en la que se comenta un texto, ya que se lo sobrepasa hasta llevarlo a integrar un todo con las referencias del profesor y de los alumnos acerca de escuelas, influencias y relaciones de índole literaria. Los límites entre la explicación y el comentario no son precisos; de ahí que en las clases de lengua, en las que el comentario es irrelevante, se produzca un ir y venir que puede rebasar la explicación propiamente dicha. Lo cierto, en cambio, es que el comentario requiere inevitablemente el cumplimiento de los tres pasos o escalones anteriores. Nadie mejor que el profesor de lengua o de literatura para comprender cabalmente estas divisiones.

Pues bien: este esquema que se construye con lo que podría llamarse «cuatro pasos en el leer» es un permanente apoyo para quien llega al libro con la intención de aprovecharlo y no de pasar el rato. El lector formado, consciente o no de la existencia de estos pasos, no puede por ningún concepto suprimir los dos primeros. Podrán faltar la explicación y el comentario, pero no la comprensión y la interpretación.

Como toda esquematización, la propuesta es pasible de modificaciones para su mejoramiento, pero, como punto de partida, parece ser adecuada a la realidad psicológica de la lectura.

Lo que se ha venido diciendo conduce ahora a la consideración de un punto que podría llamarse «la hora del lector». La expresión no es original. Ya apareció como título de un ensayo de José María Castellet, en el cual se decía que el lector estaba en el centro del leer, en particular tratándose de narrativa contemporánea, tan llena de enfoques nuevos, de formas revolucionarias, de técnicas que van dejando a un lado al autor para dar paso al lector. Castellet se refería al relato en primera persona, al monólogo interior y al objetivismo. No es esto lo que ahora interesa, sino el tomar la expresión «la hora del lector» desde otro punto de vista. Digámoslo ya: llegó la hora en que hay que considerar seriamente al lector como objeto

de preocupación, para evitar su fuga, para evitar su desprendimiento del libro. Y se vuelve siempre al mismo punto: la educación y sus medios. Formar lectores y mantenerlos es tarea de la escuela, en primer término, y del liceo, en segundo lugar. Esta verdad de Perogrullo no debe olvidarse, pero se olvida. Parece que lo más elemental y simple, quizá por ser así, es tratado con superficialidad, como dando por sentado que conlleva la fuerza suficiente para una autodefensa indestructible. Esta creencia, llena de confianza ciega, se destruye al raspar la superficie de la realidad y aparecer con crudeza la exacta dimensión del problema.

Muchos docentes, luego de sus primeras experiencias como tales, descubren que no es oro todo lo que reluce. Pasan a un estado de incomodidad, de desajuste, casi de frustración, por sentirse poco menos que impotentes para enfrentar las mil y una dificultades de su profesión. Entre ellas, la de la lectura y sus recovecos.

Parece oportuno que desde aquí se oigan algunas recomendaciones para ese empleo personal en el aula y, de ser posible, fuera de ella.

Las recomendaciones solo harán las veces de reforzamiento de las ideas que cada uno de los docentes aquí presentes ya tiene; por lo tanto, podrían parecer ociosas. Pero bien vale la pena correr el riesgo en pro de una vigorización de los medios favorables a la difusión de la lectura.

En primer lugar, se partirá de la idea de que todo centro de enseñanza debe tener su biblioteca general, que no impide la presencia y el mantenimiento de las bibliotecas de aula. Esa biblioteca de la escuela o liceo, además de los libros propios de las disciplinas de estudio, prestará cuidado especial a las publicaciones que tiendan a despertar y sostener el interés por la lectura en los alumnos. Especialmente habrá que hacer hincapié en la narrativa, a través de la provisión de buena cantidad de novelas y libros de cuentos. Para la enseñanza primaria hay abundancia de material, ya preparado por edades y ciclos, por las editoriales, pero también hay que dar entrada a lecturas que hasta el momento y para muchos docentes no tienen valor suficiente para ingresar en una biblioteca. Me refiero a la llamada «literatura de quiosco», por algunos considerada subliteratura. El contacto con libros de aventuras del Oeste, de ficción científica, policiales, románticos no es malo; al contrario, puede ser el puntapié inicial para una adhesión firme a lecturas más selectas. Es cierto que cualquiera de esos productos no debe tener aceptación pedagógica: se requiere la selección. Para ello el maestro tendrá que elegir, previa lectura, una serie de libros que sean asequibles para el entendimiento del lector niño y recomendables por el vocabulario y la sintaxis. Cuando casi no existían libros para niños o su adquisición se hacía muy problemática, se leía lo que llegaba a las manos infantiles. De ahí que algunas revistas cumplieron un ciclo formidable,

pues crearon lectores ávidos y devotos. Las grandes revistas de hace cincuenta y sesenta años, como «El Peneca», «Billiken» y «Tit-Bits», fueron el material semanal de muchísimos niños que hoy son lectores íntegros y que no se avergüenzan de sus orígenes literarios. Todos los textos de esas publicaciones mencionadas resisten la revisión actual y muchos de ellos se enfrentan con éxito total a las publicaciones de hoy, no solo por el interés de los temas, sino también por la exposición amena y gramaticalmente impecable.

Un mal que habrá que soslayar es el de atiborrar la biblioteca con material generalmente inservible. Mi experiencia como maestro es aleccionadora al respecto. Cuando llegué, hace ya cincuenta años (mucho tiempo) a una escuela en la que luego trabajé durante veinte años, recibí la sorpresa de que en ella había una biblioteca general de valor incalculable. Así me lo comunicó la directora. Al verla, me di cuenta de que era verdad, pero la biblioteca estaba en un depósito, fuera de la vista de sus destinatarios y recargada de obras que, por ningún concepto, eran para un alumno de escuela. Desde libros de historia nacional, quizá inhallables en otros ámbitos, hasta obras aparentemente para niños pero que ninguno de ellos podría leer por las dificultades inherentes a la misma obra. ¿Qué niño puede leer «El viaje maravilloso de Nils Holgersen» de Selma Lagerlof? Ante la presencia imponente y compacta del volumen no hay voluntad que se rinda a hincarle el diente. Puede ser que sí a una abreviación o adaptación, pero este recurso de cercenamiento de un original es inaceptable. O se lee la obra como el autor la propuso o queda para más adelante, cuando el tiempo haya cumplido su función formativa.

Otro aspecto para tener en cuenta es que, en el aula, el maestro realice lecturas dentro de su programa anual, en relación con los temas de lengua que se le marcan; pero, asimismo, deben aparecer textos inesperados, fuera de programa, que causan a veces más entusiasmo que los otros. Estos textos saldrán de donde fuere necesario: diarios, revistas, avisos de propaganda, folletos, prospectos, volantes y toda forma escrita que se vea como válida para el acercamiento de los alumnos a la lectura.

Por otra parte, se debe promover la atención por el libro como objeto. Saber qué se tiene entre manos implica también el dominio de los componentes del objeto. Esta familiarización con lo exterior de la lectura dotará al alumno de un léxico particular que aflorará cada vez que un libro entre en su campo de vida. Está de más decir que se adjuntarán las voces propias de los textos usados y que contribuyen a la mejor organización de la lectura. Palabras como «estrofa», «verso», «párrafo», «narración», «descripción», «exposición», «lírica», «portada», «portadilla», «colofón», «contratapa» y tantas otras no faltarán en el manejo de los libros y sus contenidos.

Una idea para tener en cuenta también es la preparación de fichas de archivo, así como de fichas de resumen. Son un agregado a la biblioteca de aula y sirven para lectores que aún no entraron en contacto con libros que otros han leído en clase o en sus casas.

Si bien todo lo antedicho es suficiente para interesar, atraer y retener a los lectores incipientes y convertirlos en lectores activos, no hay que olvidar que esa labor se trunca inevitablemente por el paso de los días, que se transforman en semanas y meses rápidamente. La interrupción obligada de la labor escolar o lineal, por descansos semanales y vacaciones periódicas, produce una ruptura que hay que sobrellevar con habilidad. Una buena forma de oponerse a esa radical escisión de la actividad de aula es conquistar la voluntad de los padres con el fin de que ellos, en su hogar, continúen, como puedan hacerlo, con el trabajo metódico de maestro y profesor. Si la familia apoya la lectura, se conquista un aliado invaluable. Para ello, por lo menos en la vida escolar es necesario que se produzcan dos reuniones anuales con los padres, con la finalidad exclusiva de hablarles de la lectura y los libros, para que comprendan, si es que aún no lo saben, qué valores poseen y qué beneficios culturales representan para sus hijos. Los dardos bien dirigidos en esa dirección dan en el blanco y producen un resultado asombroso en más de una oportunidad. Y, a no dudarlo, la pasión que el maestro y el profesor pongan en sus palabras con los padres será un elemento de peso enorme.

Por este camino de las recomendaciones se puede continuar extensamente, pero dejemos a la experiencia de cada educador el aporte de material nuevo y sugeridor, que puede valer para la realización de diálogos fecundos entre colegas.

Al amparo del trabajo fructífero de aula, los alumnos verán acrecentarse el interés por leer y, lo más importante, llegarán a tomar conciencia de qué es la lectura. No actuarán impulsados por intereses momentáneos ni por capricho o porque disponen de cierto tiempo libre que pueda llenarse con una lectura rápida y sin compromisos. Serán lectores conscientes de que cumplen una actividad redituable para su formación o para su afianzamiento si ya están formados; serán lectores responsables, que van hacia el libro con la finalidad de aprovechar sus múltiples posibilidades y no para tomarlo y, luego de una hojeada, dejarlo a un lado, con fastidio o con desgano; serán lectores rigurosos, que piensen, que elaboren ideas sobre la base de lo recogido de la siembra ajena. El lector que Jonathan Swift cita como consultor previo del índice es el lector verdadero, capaz de sentarse con un texto y leerlo y releerlo, de meditar sobre una idea fundamental o sobre una idea lateral y de poca monta pero igualmente creadora de otras ideas; capaz de entrar en el mundo de la ensoñación por el simple hecho

de haber leído una línea; capaz de aprender de memoria no solamente poemas – cosa tradicional y recomendable – sino también prosa, lo cual nunca es desdeñable por las posibilidades que ofrece para su repetición en el momento y la situación exactos, para el comentario feliz de una experiencia vivida.

Aunque más no sea por razones de simetría, cerremos esta disertación con otra cita apropiada. Es esta: «*Existe una gran diferencia entre la persona ávida que pide leer un libro y la persona cansada que pide un libro para leer*». Lo dijo Gilbert Keith Chesterton.